

Sueños confinados¹

*Gilson Iannini*²

Nos fuimos a dormir en un mundo, nos despertamos en otro. Al caer la noche, sin que supiéramos exactamente por qué, comenzamos a soñar cada vez más intensamente. ¿O estábamos recordando más de nuestros sueños? “¡No fue real, no fue real!”, “¡Fue demasiado real!”, “Me desperté asustada, me demoré en volver a dormir...”, “No suelo recordar mis sueños, encuentro extraña mi propia manera de soñar”. De repente, estábamos compartiendo nuestros sueños en las redes sociales. Apenas nos estábamos despertando y

-
- 1 Investigación realizada conjuntamente por un pool de investigadores ligados a varias universidades brasileras, especialmente UFMG, USP, UFRJ y UFRGS, contando con la colaboración inestimable de estudiantes de grado, maestría y doctorado en psicología y psicoanálisis, además de la participación interdisciplinar de investigadores en historia, filosofía, lingüística y eventualmente de las neurociencias.
 - 2 Gilson Iannini trabaja como psicoanalista y en filosofía. Actualmente es profesor en el Departamento de Psicología de la Universidad Federal de Minas Gerais, donde imparte teoría psicoanalítica. Fue profesor en el Departamento de Filosofía de la Universidad Federal de Ouro Preto (UFOP), donde enseñó durante casi dos décadas (1999-2017). Es doctor en filosofía por la USP (2009) y máster en filosofía por la UFMG (1998). Entre 2014-2015, desarrolló una investigación postdoctoral en la USP. En 2005, obtuvo el título de “Master en Psychanalyse: concepts et clinique” (antes “DEA du Champ Freudien”) en la Université Paris VIII, además de participar en la sesión clínica de la École de la Cause Freudienne. Coordina la Colección Filó y es editor y creador de la Colección “Obras incompletas de Sigmund Freud”, ambas de la editorial Autêntica. Es parte de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis y Filosofía / Société Internationale de Psychanalyse et Philosophie. Es miembro de la Escuela Brasileña de Psicoanálisis y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

necesitábamos hablar. "¡Difícil de explicar...!". Pero la sensación de extrañamiento era terrible y real.

La pandemia que parecía tan distante, tan improbable, tan impalpable, de repente invadió nuestra intimidad. Incredulos y desorientados, se nos presentó una realidad que parecía ficticia: una distopía concreta y brutalmente real.

El virus, que en las imágenes venía de China, que parecía demasiado lejano, de repente estaba entre nosotros; y así fue como todos los más próximos, nuestros vecinos, amigos y familiares, de repente, estaban demasiado lejos o –demasiado cerca–. Lo virtual invadió, más que nunca, el espacio de nuestros hogares: clases, reuniones, *lives*, todo se volvió remoto. De repente, estábamos confinados. Y así, empezamos a soñar más, a recordar más de nuestros sueños, a tener la sensación de sueños más vívidos, más intensos, incluso más absurdos que los sueños a los que estábamos acostumbrados. Como dijo uno de los soñadores: "No tengo la certeza de nada, pero estos sueños se están volviendo más 'reales'". Las redes sociales se convirtieron rápidamente en un espacio para compartir estas narrativas. El sueño entró en nuestra realidad, y la realidad –o lo que quedó de ella– invadió nuestros sueños. En algún momento de marzo de 2020 comenzaba, de hecho, el siglo XXI.

La investigación que nos interesa contar recogió en unos meses más de mil sueños (entre ellos destacamos tres elementos principales: el relato del sueño, los restos diurnos y las asociaciones o explicaciones de los propios soñadores). Además, un grupo de psicoanalistas realizó más de cien escuchas de relatos de soñadores, utilizando la técnica de la libre asociación. Nos referimos aquí a los sueños de 2020.

La recolección y la escucha de los sueños continúan hasta el día de hoy. Al reunir los sueños de 2020 y 2021, tenemos más de mil quinientos

sueños y más de ciento treinta relatos escuchados. Pero los números importan poco. Lo que queremos contarles son algunos de los hallazgos que hicimos, para poder compartir con ustedes cómo fue, cómo ha sido la experiencia onírica de las argentinas y argentinos.

Volviendo a los primeros tres o cuatro meses de la pandemia, las redes sociales capturaron este fenómeno único: una onda gigantesca y sutil que no solo nos hizo soñar más, sino que principalmente nos hizo compartir nuestros sueños. En otras palabras, las redes capturaron nuestros sueños.

Lo primero que quedó claro es que el carácter traumático de la llegada de la pandemia, con esa demanda de aislamiento social y cuarentena, implicó una exigencia complementaria de trabajo psíquico. Esta exigencia se convirtió casi de inmediato en una intensificación de la actividad onírica.

Como no disponíamos de formas simbólicas, ni patrones narrativos, ni un repertorio de imágenes compartidas capaces de aprehender todo lo que estaba sucediendo, nuestra psique tuvo que trabajar más. Tenía que procesar, día y noche, sin parar, este nuevo real.

Incluso antes de cualquier dimensión formal o semántica, lo que ha quedado absolutamente claro es la intensificación de la actividad onírica: sueños más vívidos, más intensos, más “reales”. La sensación de extrañeza propia de los sueños parecía re-duplicada, exponencial: comenzamos a encontrar extraño lo que ya era extraño, como si el carácter *unheimlich* (no familiar, extraño, siniestro, ominoso) de los sueños se reduplicara.

No por casualidad, después de unos meses, hubo una cierta tendencia a la “normalización” de la actividad onírica. Las redes sociales también testimonian este reflujo: menos personas contando o hablando de sus sueños. Esto hace que el fenómeno investigado aquí sea aún más interesante. Con el tiempo, muchas personas

comenzaron a informar una mayor continuidad entre los sueños actuales y los sueños anteriores a la pandemia. Más o menos a medida que nos íbamos acostumbrando a las nuevas rutinas, los sueños, en cierto modo, reflejaban esto. Poco a poco nos volvimos a dormir. Como decía Jacques Lacan, despertamos para volver a dormir. O será que, en el fondo, ¿nunca despertamos?

La propia tendencia a la “normalización” de la actividad onírica (en un momento, comenzamos a soñar más o menos como antes), observada unos meses después del inicio de la pandemia, confirma cómo el aspecto traumático de ese acontecimiento culminó en una exigencia suplementaria de trabajo psíquico que atestiguan los sueños confinados en tiempos de pandemia.

Es importante enfatizar que no interpretamos ningún sueño. Al contrario, partimos de la hipótesis de que los sueños nos interpretan, interpretan la pandemia e interpretan nuestra historia. Nuestra función fue documentar este grave y subjetivo momento social, con el fin de constituir un gran archivo onírico, abierto y público, un registro del momento presente para futuras investigaciones. Además, estuvimos dispuestos a ofrecer una escucha a quienes manifestaban mayor angustia o que simplemente quisieron hablar. En el primer libro que publicamos³, hicimos un esfuerzo en una especie de ontología del presente.

A principios de 1915, Freud escribe sus "Consideraciones contemporáneas sobre la guerra y la muerte". El desafío metapsicológico de la guerra se torna claro, ya que obliga a todos y cada uno a enfrentar la negación de la muerte: “en el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que es lo mismo: en el inconsciente, cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad” (Freud, 2020: 117). Antes, la

3 https://issuu.com/grupoautentica/docs/sonhos_confinados

guerra nos enfrentaba a la imposibilidad de matar la muerte con el silencio. No contamos los muertos uno por uno, sino por cientos y miles. Lo irrepresentable para el inconsciente, nuestra propia mortalidad, nos interroga.

Traemos a colación también el conocido libro *El Tercer Reich de los sueños*, de la periodista alemana Charlotte Beradt, donde la periodista recopila unos 300 sueños de alemanes tras el ascenso de Hitler, entre 1933 y 1939. Como sugiere Didi Huberman (2010), los sueños narrados por Beradt no explican nada, ni la naturaleza del nazismo ni la psicología de los soñadores, pero funcionan como una especie de sismógrafo íntimo de la historia política del Tercer Reich. El libro muestra que, para muchos, el territorio de los sueños era una forma singular de resistir el poder de la tiranía de la época.

Beradt (2017) observa que los sueños más elucidativos de ese período fueron los soñados en los primeros años cuando el régimen nazi trabajaba de manera aún más encubierta, indicando que al soñar, los sujetos elaboraban dimensiones de lo vivido todavía interdictado en el cuerpo social. En general, los sueños muestran una tendencia a “normalizarse”, a una disminución de estas características de vivacidad, realidad e intensidad a lo largo del tiempo, como una especie de acomodación de precipitados.

A principios de 2021, buscamos a los mismos sujetos que habíamos escuchado para preguntarles cómo estaban soñando un año después.

Uno de los primeros participantes de la investigación, llamado Julio (nombre ficticio), nordestino, profesional de la salud, relató un sueño en el que viajaba con una amiga a Wuhan, China, uno de los principales focos de la enfermedad hasta entonces. En el sueño, visitaban ferias, hospitales y tenía miedo de contaminarse. Su amiga ignoraba los riesgos. Esa misma amiga aparecía en otros sueños,

siempre negando el peligro del nuevo coronavirus. Un año después, Julio dice que en el inicio estaba con mucho miedo, y que los sueños siempre mostraban esa amenaza. Hoy, no son tan angustiantes como antes: "Aprendí a lidiar con la soledad y aprendí a cuidarme". Alejado de la amiga de los sueños de Wuhan, se dio cuenta de que "el nombre de coronavirus es solo la punta del iceberg de lo real de la pandemia y de las relaciones".

Por su parte, Marina, de 30 años, estudiante de posgrado, cuenta que tenía mucho miedo de los contenidos de sus sueños, pero agrega: "Es extraño que mis sueños sean más tranquilos actualmente, porque hoy estoy pasando por situaciones mucho más difíciles que en otra época". Según ella, el hecho de haberse acostumbrado al aislamiento y haber podido establecer una rutina la ayudó a sentirse más segura también en el universo onírico.

Estos relatos, escuchados individualmente, son paradigmáticos. Marina formula la paradoja de manera ejemplar: concretamente, la situación es más difícil, pero los sueños, extrañamente, parecen más tranquilos. Si bien, en ese momento, el número de muertos superó la barrera de las 2.000 muertes diarias en Brasil, a pesar del colapso cada vez más inminente del sistema de salud, el escenario político cada vez más incierto y más polarizado, en general, la vida onírica parece apuntar a una tendencia de estabilización, de "normalización". ¿Cómo explicar esta aparente contradicción?

Esto vale también para la sensación de intensidad: los sueños ahora parecen menos intensos, menos "reales" que aquellos relatados en los primeros tres o cuatro meses de la pandemia.

"Me resulta extraña mi propia manera de soñar", era una de las frases que más escuchábamos. Con el relativo reordenamiento y adaptación de nuestra vida a nuevas rutinas, la sensación de que los sueños al inicio de la pandemia eran más confusos y más absurdos es confirmada de varias maneras.

Tomemos el caso de Anna, de 38 años. Para ella, el inicio de la pandemia fue “una fase muy fértil en este aspecto y ahora es como brea, así, una oscuridad...”. Sus sueños perdieron la profusión de detalles y las características vívidas, que incluso apuntaban a la disolución de los límites entre la realidad y el sueño: “¡No tengo aquel escenario tan claro!”, concluye.

A pesar de todas estas diferencias, la angustia persiste. Sus sueños actuales, en cierto modo, manifiestan la marca de la impotencia.

Desde el punto de vista metodológico, nos inspira el método paradigmático de Giorgio Agamben. Pero, ¿qué es un paradigma? En 1900, en *La interpretación de los sueños*, que muchos consideran el libro inaugural del psicoanálisis, Freud eligió el célebre “sueño de la inyección de Irma” como un sueño modelo. ¿Qué quiere decir eso? Lo que está en juego no es la presencia de elementos comunes a todos los sueños, sino el carácter paradigmático que tiene su análisis para el análisis de otros sueños. En este sentido, el sueño de Irma no es solo el sueño analizado por Freud, sino que es un sueño “analizador”, el sueño a partir del cual él analiza otros sueños, uno a uno. En este sentido, todo sucede según la noción de paradigma, que “no va de lo particular al todo y del todo a lo particular, sino de lo individual a lo individual” (Agamben, 2019, p. 36).

En “¿Qué es un paradigma?” (2019), el filósofo italiano Giorgio Agamben expone el método que deconstruye las representaciones habituales que hacemos de las relaciones entre lo particular y lo universal: “en el paradigma, la inteligibilidad no precede al fenómeno, pero está, por así decirlo, 'a su lado' (*para*)”. En este sentido, el paradigma no se presenta ni por deducción ni por inducción, sino por analogía, un movimiento que va de lo singular a lo singular. Según esta concepción, el caso paradigmático, si bien no es externo a su conjunto de pertenencia, no puede de él ser aislado. De cierta

forma, así es como procedió Freud. Cuando hablamos de sueños, recordamos a Irma, o “Padre, ¿no ves que me estoy quemando?”; cuando pensamos en un acto fallido, recordamos a FAMILIONÁRIO; olvido, Signorelli; cuando pensamos en la histeria, Dora; en paranoia, Schreber, y así sucesivamente.

Nuestra investigación tomó cada sueño uno a uno, pero tratando de identificar casos paradigmáticos, e incluso, sueños típicos.

Sueños Unheimlich

Estaba en un edificio muy alto, me imagino que en el vigésimo piso. No era un edificio elegante, pero aparentemente era sólido y estaba bien estructurado, además estaba bien decorado visualmente. Por algún motivo que no sé exactamente cuál, tuve que salir de forma urgente, podría ser un incendio, podría ser solo un cortocircuito... pero el hecho es que no pude usar el ascensor. Así que corrí hacia las escaleras y cuando la encontré me quedé muy impactada, porque el edificio había "girado sobre su eje"... tipo, invertido los lados... y las escaleras miraban hacia la pared, además de haber abierto un agujero, un hueco en la altura de los pisos. Además del hecho de que las escaleras aparentemente eran inaccesibles porque “comenzaban en la pared”, la grieta muy ancha que se abrió me impidió incluso intentar alcanzar la pared de las escaleras. Observé el tamaño del agujero y lo alto que era y supe que sería imposible. Estaba muy desesperada por quedar atrapada ahí y tenía claro que no podía salvarme, mi sentimiento era de pánico, muy real y hasta físico, tanto que me desperté muy asustada e impresionada por tantos detalles y la claridad con la que vi mi muerte. (Anna, 38 años, 20 de mayo de 2020)